



## Aviso Legal

### Artículo de divulgación

Título de la obra: Nuestro Voltaire

Autor: Weinberg Marchevsky, Liliana Irene

Forma sugerida de citar: Weinberg, L. I. (1996). Nuestro Voltaire. *Cuadernos Americanos*, 3(57), 45 (1996).

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año X, núm. 57, (mayo-junio de 1996).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.  
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe  
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,  
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>  
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si mezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

## NUESTRO VOLTAIRE

Por *Liliana Irene* WEINBERG  
CCYDEL, UNAM

**B**ASTA CON LEER cualquier pasaje del *Diccionario filosófico* para encontrar el sabio humor, el erudito encanto, el desenfadado proceso de pensamiento con que Voltaire deslumbró a su tiempo y sigue deslumbrando al nuestro. El conocimiento es dinamismo, gozo, energía, ejercicio soberano de la capacidad de entender y criticar, es participar al otro no sólo de los saberes cristalizados sino de la euforia del acto de explorar y descubrir, de dar nombre nuevo a viejos problemas o a procesos nunca antes entrevistos.

Darcy es, en todos estos sentidos, nuestro Voltaire. Verdadero ciudadano de América, se siente participe y ejerce su derecho de soberanía sobre la interpretación de nuestra realidad. Darcy nos ha enseñado que el proceso de conocer las zonas difíciles, los cuellos de botella, los atolladeros de nuestro mapa de continente doliente no tiene por qué ser acompañado con un sentido de determinismo ni de melancolía. Poder entender y dar nombre a los problemas es ya un primer paso hacia su resolución; es sitiarlos, apoderarse de ellos, darles caza, cerrarles toda posible coartada. Darcy ha acechado la realidad de este continente marcado por la dependencia desde la antropología, desde el ensayo, desde la novela: mil formas para mil caras de esta realidad apenas explorada.

Darcy es, sin duda, nuestro Voltaire: la seducción, la aventura, el gozo del conocimiento y la denuncia. Como Voltaire, Darcy es el soberano del conocimiento, el ciudadano de la ciudad de las letras en la que se ha encargado de infiltrar un sentido de realidad y auto-crítica. Todo lo ilumina con nueva luz, todo lo redescubre y lo pone de cabeza, para traducirlo con una prosa ágil que casi canta.

Si durante siglos América Latina sufrió una obligada postergación en el conocimiento del mundo, si sólo en el siglo XIX comienza nuestro continente a sentirse sincrónico respecto de los ritmos de la cultura transatlántica y si persiste el viejo vicio de consumir

respuestas anticipadas antes que atreverse a formular nuevas preguntas (Foucault o Habermas ahora como antes Nietzsche o Croce), esto es, si seguimos estando postergados en el sano ejercicio de observar lealmente la realidad y ofrecer respuestas críticas que no sean copia de modas intelectuales, descubriremos en Darcy al gran pionero explorador de las fronteras del conocimiento, y en su obra un ejemplo ilustre de la reversión de esta tendencia imitativa y repetitiva que ha llevado a un progresivo alejamiento de muchos de nuestros hombres de pensamiento respecto de sus sociedades.

Como Darcy es latinoamericano, tiene mucho de Voltaire y mucho también de nuestros brillantes, ágiles, aventureros pioneros de ideas y héroes culturales, siempre dispuestos a asaltar a los dioses y robarles el fuego, las semillas, las palabras y el conocimiento para entregárselo a los mortales. Los héroes culturales son siempre ciudadanos del cielo y de la tierra, admitidos en ambos mundos con el mismo amor de dioses y de hombres, pero que inexplicablemente sienten una nostálgica inclinación por los segundos, pobres seres desprotegidos, y se mueven entre los primeros como pares burlescos que tienen, sobre los dioses, una cualidad: la pérdida de la inocencia, el malicioso afán de quitarles lo que ellos atesoran para que los humanos lo compartan. Antes del Robin Hood europeo, tuvo la América estos héroes justicieros y astutos, que adoptaron mil formas y mil caras, y que robaban a los dioses para ayudar a los hombres. Darcy arrebató a las ciencias sociales sus más lúcidas y útiles herramientas conceptuales, y al llevarlas a nuestro propio mundo intelectual, transformadas y criticadas por su propia lucidez, las convirtió en útiles para la comprensión de nuestra realidad. Se aventuró luego mucho más: él mismo propuso nuevas herramientas, nuevas formas de ver este nuestro mundo. Y como todo esto le parecía aún poco, él mismo se adentró en nuevas tierras, las recuperó para que nuestro conocimiento común las atesorara: el antropólogo se volvió político, el ensayista se volvió novelista y poeta. Ninguna barrera al conocimiento ha podido nunca frenar el desfreno epistemológico de Darcy. Se trata, claro está, de mucho más que del estilo de Ribeiro, tan ágil que se resuelve en vuelo, tan dinámico que nos contagia en su obstinada búsqueda de conocimiento, tan dichoso que nos hace olvidar las penurias de una realidad sufrida y fatigosamente comprendida. Se trata del contenido emancipador del conocimiento descubierto y compartido por Ribeiro: poder nombrar los problemas nos convierte en auténticos participantes en la construcción compartida del conocimiento de la historia.

Si uno de los grandes dramas de América Latina ha sido la falta de participación de las mayorías en la conducción de las naciones y en la toma de decisiones, multiplicada en las dificultades para la socialización del conocimiento —que sigue, a pesar de conquistas parciales, restringido a sectores limitados de la sociedad—, la progresiva jerarquización social, reproducida a través de nuevos medios de control ideológico, parece acentuar a corto plazo esta tendencia exclusiva y excluyente. La falta de participación y la rejerarquización social en torno de nuevos grupos de poder deberá ser sometida a profunda crítica; sólo así podremos invertir esta pirámide bajo la cual permanecen sepultas amplias capas de la población y de cuyo extremo caen con cuentagotas las dádivas de trabajo, riqueza y participación política que los poseedores de la riqueza y el poder permitan filtrar a los demás sectores.

¿Espinás o agujijones? En estos tiempos en que la realidad latinoamericana, con su alta cuota de mortalidad, violencia, desempleo, desestructuración social y pobreza extrema, en mucho nos invita a repetir los dolidos versos de Miguel Hernández (el hambre del niño yuntero se nos vuelve dolor como una espina gigante e inexplicable), es bueno recuperar el agujijoneante trabajo de Darcy, clavado en el pesado lomo de la ciudad letrada, para obligarla a criticarse a sí misma y avanzar.

Si el héroe cultural sube a los ciclos para quitar justicieramente a los ricos, poderosos y sabios dioses los conocimientos por ellos monopolizados, Darcy llega a las altas esferas de la ciudad letrada para llevar el testimonio de hombres desplazados, oprimidos, olvidados —desde la cultura mairún o kaapor hasta los niños de la calle asesinados por los escuadrones de la muerte— y, tras desenmascarar a las “buenas conciencias”, arrebatarles las armas y herramientas del “saber es poder” que ellas detentan.

Darcy es vanguardia, Darcy es futuro. Si Luis Cardoza y Aragón hablaba de “descolonizar la imaginación”, Darcy habla de “descolonizar el conocimiento”, hacerlo público y compartido, mostrar su fertilidad y su capacidad fecundante, engendradora de conciencias críticas y participativas. Inquietud inquietante, pasión apasionante, como la de Voltaire, defensores ambos de los derechos del hombre a la libertad, a la igualdad y al conocimiento.